



ELIZABETH DAY

# EL INVITADO

Una noche. Una vida de secretos.

NOVELA

DUOMO  
NEFELIBATA



# El invitado

*Elizabeth Day*

Barcelona, 2020

## Índice

I	2 de mayo
	Cuaderno de Lucy Gilmour
	Martin
II	2 de mayo
	Martin
	Cuaderno de Lucy Gilmour
III	2 de mayo
	Cuaderno de Lucy Gilmour
	Martin
IV	2 de mayo
	Cuaderno de Lucy Gilmour
	Martin
	Cuaderno de Lucy Gilmour
V	2 de mayo
	Martin
VI	Cuaderno de Lucy Gilmour
	2 de mayo
	Martin
VII	Martin
	Cuaderno de Lucy Gilmour
VIII	2 de mayo
	Cuaderno de Lucy Gilmour
	3 de mayo
IX	Lucy
X	
XI	
	Agradecimientos
	Créditos
	Notas

Para mis amigos

Invitado / a

**sustantivo**

1. m. y f. Persona que ha recibido invitación.

Invitar

1. tr. Llamar a alguien para un convite o para asistir a algún acto.

2. tr. Pagar el gasto que haga o haya hecho otra persona, por gentileza hacia ella.

3. tr. Incitar, estimular a alguien a algo.

4. tr. Instar cortésmente a alguien para que haga algo.

## I

La sala de interrogatorios es pequeña y cuadrada. Una mesa, tres sillas de plástico, una ventana alta de cristal translúcido mugriento y cubierto de polvo, tubos fluorescentes; sobre nuestros rostros se proyecta una lóbrega sombra amarilla.

Dos tazas de té: una para la agente de policía y otra para mí. Con leche y dos azucarillos. Demasiada leche, aunque no estoy en disposición de quejarme. El borde de mi taza está cuajado de marcas de dientes allí donde, unos minutos atrás, he mordido el poliestireno.

Las paredes son de un blanco grisáceo. Me recuerdan a las pistas de squash del RAC de Pall Mall donde, hace tan solo unos días, le pegué una paliza a un contrincante que iba varios puestos por delante de mí en el ranking del club. Era banquero. Con la cara rubicunda. Pantalones cortos y anchos. Unos músculos sorprendentemente esbeltos y tensos. Me lo merendé con bastante rapidez: servicio, pelota cortada, smash. El sonido de la pelota de goma al rebotar contra el cemento, un gran punto verde oscuro al final de cada intercambio de golpes. Gruñidos. Maldiciones. Al final, la derrota. Una agresión contenida entre cuatro paredes.

En la comisaría de policía reina un ambiente parecido: una especie de masculinidad encolerizada, aunque solo uno de los dos agentes que me interrogan es hombre. Es evidente que la agente ha sido designada como la «poli buena». Ha sido ella quien me ha ofrecido el té, aduciendo que me sentaría bien. También me ha sugerido que le echara dos azucarillos.

—Ya sabe —ha añadido, mirándome a los ojos—, por la conmoción que ha sufrido.

Es cierto. No esperaba que la policía se presentara en mi puerta esta mañana. En mis treinta y nueve años de vida apenas es la segunda vez que las autoridades me someten a un interrogatorio. En ambas ocasiones, ha sido debido a Ben. Lo cual no deja de ser raro, en realidad, puesto que es mi mejor amigo. Se supone que los buenos amigos se cuidan mejor entre ellos.

La agente es baja con hombros redondeados y una agradable cara con pecas. Se ha teñido el pelo de ese color indeterminado que de manera inexplicable adoran las mujeres de mediana edad: ni

castaño ni rubio, sino un tono intermedio. Una especie de beis. Con las puntas abiertas.

Su compañero es alto. Uno de esos hombres cuyo rasgo más característico es la altura. Se ha agachado cuando hemos cruzado la puerta, con un fajo de papeles en la mano del color del jamón de supermercado. Lleva un traje gris con una marca blanca en la solapa. Pasta de dientes, quizá. O una mancha que le ha dejado el desayuno de un bebé. Diría que tiene treinta y pocos años.

Ambos están sentados a la mesa frente a mí, dando la espalda a la puerta. Las sillas tienen asientos moldeados con aberturas como de buzón en el respaldo. En los conciertos de final de trimestre en Burtonbury amontonábamos sillas como estas para las reuniones escolares. Hace una vida entera de aquello, y sin embargo fue hace nada. A veces parece tan cercano como el minuto que viene a continuación. Virutas de lápiz y goma de borrar, la marca de la suela de una zapatilla de deporte sobre el zócalo del aula. Dormitorios con camas hundidas. El crujido de un muelle cuando un chico se movía en sueños. Esa sensación constante de desasosiego. Eso fue antes de conocer a Ben, por supuesto. Antes de que él me salvara de mí mismo. Desde entonces no hemos dejado de salvarnos mutuamente.

Sobre la mesa, a un lado, hay una grabadora muy grande. Demasiado grande, en realidad. Me descubro preguntándome por qué tiene que ser tan grande. O por qué, de hecho, la policía sigue insistiendo en utilizar cintas de casete en esta era digitalizada de sonidos en la nube y pódcast en iTunes.

He rechazado la presencia de un abogado. En parte porque no quiero aflojar la pasta que cuesta uno bueno y que, dadas las circunstancias, sé que Ben no pagaría; y no quiero que me asignen a un asistente legal de tercera que no sepa hacer la «o» con un canuto. Tampoco creo que los padres de Lucy apoquinen. Después de todo lo que ha pasado, sospecho que mis suegros tampoco se sienten inclinados a ayudarme.

—Muy bien, pues —dice la mujer con las manos entrelazadas frente a ella. Uñas cortas, con un esmalte de color claro. Una diminuta mancha de tinta en la zona carnosa entre el pulgar y el índice—. ¿Empezamos?

—Por supuesto.

Pelo Beis pulsa un botón de la grabadora gigante y se oye un pitido largo y alto.

—Este interrogatorio se graba en la comisaría de Tipworth, en

Eden Street, Tipworth. Son las 14:20 del día 26 de mayo de 2015. Soy la agente Nicky Bridge.

Lanza una mirada a su compañero, que se identifica a su vez para que quede constancia.

–Soy el agente Kevin McPherson.

–Señor Gilmour –dice ella mirándome–, ¿puede decir su nombre completo y su fecha de nacimiento, por favor?

–Martin Gilmour, 3 de junio de 1975.

–¿Le importa si le llamo Martin?

–No.

Carraspea.

–Se le han ofrecido los servicios de un abogado de oficio y los ha declinado, ¿es correcto, Martin?

Asiento con la cabeza.

–Dígalo para que conste, por favor.

–Sí.

Hay una pausa. Traje Gris rebusca entre sus papeles. Tiene la cabeza agachada. No me mira. Eso me resulta curiosamente desconcertante, la idea de no ser digno de su atención.

–Bien, Martin –dice Traje Gris–. Comencemos por el principio. Explíquenos con detalle los acontecimientos de la tarde del 2 de mayo. La fiesta. Llegaron ustedes antes que el resto de los invitados, ¿no es así?

–Sí –contesto–. Así fue.

Y entonces empiezo a contárselo.

Comienza con una puerta que no se abría en el hotel Tipworth Premier Inn.



## 2 de mayo

Hotel Tipworth Premier Inn, 17:30 h

—No entiendo por qué no nos han alojado en la casa —dijo Lucy al tiempo que deslizaba la tarjeta de acceso de plástico en su sitio correspondiente—. No será porque no tenga habitaciones suficientes.

La luz que había bajo el pomo de la puerta brillaba obstinadamente en rojo. Lucy volvió a intentarlo; metía con impaciencia la tarjeta en la ranura y la sacaba demasiado rápido. Me di cuenta de que empezaba a enfadarse, pero intentaba que no se notara: esa delatora mancha de rubor en su nuca; sus hombros rígidos; un triángulo de lengua concentrada apenas visible entre sus labios. ¿Quién fue el que dijo que la definición de la locura era hacer la misma cosa una y otra vez, esperando resultados distintos? ¿Aristóteles? ¿Rousseau?

—Dame —dije cuando ya no pude aguantarlo más—. Déjame a mí.

Cogí la tarjeta de plástico, en la que había aún sudor de sus dedos, la deslicé en su sitio y la dejé dentro varios segundos antes de retirarla con delicadeza. La luz se puso verde. La puerta se abrió con un clic.

—Eso es justo lo que estaba haciendo yo —protestó Lucy.

Yo sonreí y le di unos golpecitos en el brazo. Sus pupilas se contrajeron levemente, de manera casi imperceptible.

—Bueno, pues ya estamos aquí —dijo en un tono demasiado alegre.

Entramos con nuestras maletas de ruedecillas en la suite estándar. Llamarla suite era muy optimista. El espacio del suelo lo acaparaban casi por completo dos camas individuales. Sobre los cabeceros colgaba una reproducción torcida de una acuarela mala en la que se veía a unas señoras en una playa. Junto al televisor había una tetera eléctrica y un tarro de mermelada lleno de bolsitas de té. En su base había diseminados varios paquetes de plástico de leche, como si una invisible marea lechosa hubiera subido y los hubiera dejado allí como guijarros en la orilla.

Lucy desenrolló de inmediato el cable y se llevó la tetera al baño para llenarla de agua del grifo del lavabo. Es lo primero que hace al llegar a cualquier parte. Cuando viajamos al extranjero, se lleva bolsitas de té inglés envueltas en papel de aluminio.

Yo me senté en el borde de la cama, notando la fricción de las fi-

bras sintéticas contra mis pantalones chinos, y me quité los mocasines. Miré la hora en mi reloj: las 17:37 h. Ben nos esperaba en la casa a las siete para tomar algo antes de la fiesta, lo que nos dejaba poco más de una hora. Me eché hacia atrás, me acomodé sobre los cojines y cerré los ojos mientras oía el ir y venir de Lucy, que encendió la tetera eléctrica, abrió la cremallera de su maleta, desdobló el elegante vestido de noche que pensaba ponerse y lo colgó en el baño, donde yo sabía que no tardaría en llenar la bañera con agua caliente con la esperanza de que el vapor hiciera desaparecer las arrugas como por arte de magia.

Estas son las cosas que uno aprende a lo largo de un matrimonio: las costumbres de la otra persona. Esas formas de ser que se adquieren poco a poco: la evolución gradual de una peculiaridad atractiva a algo sin sentido, estúpido, ilógico, obsesivo y en última instancia enloquecedor. Hace falta otra persona que se percate de ellas, que se vea abocado al borde de la cordura por su aparición reiterada.

—Porque, ¿cuántas habitaciones crees que tienen exactamente en su nueva mansión?

Ignoré la pregunta durante unos segundos con la esperanza de que creyera que me había quedado dormido.

—Sé que estás despierto, Martin. Se ve a la legua. Te tiemblan los párpados.

Por el amor de Dios.

—Lo siento —dije, y me senté—. No lo sé.

—Ya, pues apuesto a que muchas. Y además, tú eres su amigo más antiguo.

—Ajá.

El agua se puso a hervir, lanzando una flor de condensación que cubrió medio espejo.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—En absoluto.

Aquello no era del todo cierto pero, en ese momento, sentía que ella no tenía por qué saber los detalles. Habría supuesto un montón de explicaciones y, para ser sincero, me faltaba energía. Había cosas que mi mujer —mi dócil y cariñosa mujernunca entendería sobre el vínculo entre dos hombres.

—Tienen que alojar a un montón de familiares —dije al tiempo que me desabrochaba los pantalones para empezar a cambiarme—. No solo por parte de Ben, sino también de Serena. Creo que Ben no quería abrumarnos con la situación.

Lucy se acercó a mí con una taza de té en la mano. Ladeó la ca-

beza. Sus húmedos ojos castaños me miraron expectantes. El pulso le latía en el semicírculo liloso debajo de su cuenca izquierda, como siempre que estaba nerviosa. Colocó su mano libre tímidamente en la parte baja de mi espalda. Aspiré su perfume a rosa de té. Por lo general aquella fragancia me resultaba profundamente encantadora. Era como Lucy: modesta y discreta. Esa noche, se me quedó atragantada en la garganta. Demasiado dulce. Demasiado jabonosa.

–Lo siento, yo...

Lucy retiró la mano y dejó caer la cabeza.

–Claro –dijo, y se dio la vuelta–. Es solo que... –Vi que se debatía entre decirme o no lo que tenía en mente–. Han pasado meses.

«Otra vez no».

–Ah, ¿sí?

Ella asintió.

–He estado muy ocupado. El libro nuevo.

Acababa de entregar a mis editores un extenso manuscrito sobre el postimpresionismo. Aunque en un principio no se habían mostrado muy entusiastas con la idea, mi agente los había convencido. Había señalado que dentro de poco inaugurarían una importante retrospectiva sobre Manet en la Tate, y ¿quién mejor para escribir el libro definitivo acerca del tema que el reputado crítico de arte Martin Gilmour? Había conseguido labrarme cierta reputación. Mi primer libro: *Arte. ¿A quién co#o le importa?*, publicado hacía cinco años, me había hecho erigirme en el enfant terrible del mundillo artístico, el crítico que se atrevía a llamar a las gilipolleces por su nombre y a decir las cosas tal como las veía.

En realidad, el contenido no era particularmente explosivo. El título había sido idea de mi agente. Al César lo que es del César: vendió como churros. Se convirtió en la clase de libro que la gente regalaba por Navidad a sus amigos modernillos. Lo había visto en el baño de invitados de casas increíblemente modernas y de diseño (muros de cerramiento y estudios en el sótano). Estoy bastante seguro de que en realidad nadie se lo ha leído de cabo a rabo. Aparte de Lucy, claro está. Lucy es leal hasta la exageración. Siempre lo ha sido.

Nos conocimos hace trece años, cuando yo trabajaba en el Bugle, el principal diario vespertino de Londres (aunque hay que reconocer que en aquella época no había competencia. Aún no existían los periódicos gratuitos ni el Metro matutino). Yo había logrado un puesto como vicedirector de arte para cubrir una baja por maternidad y Lucy era ayudante. Por entonces aún se podía fumar en la ofi-

cina, algo que yo hacía de manera regular y tímida, muy consciente de que cada vez que daba una calada al cigarrillo cualquiera que estuviera mirando vería cómo se me marcaban mis pómulos de veintipico años.

Tardé varias semanas en reparar en Lucy. Su presencia era una agradable visión borrosa en la periferia de mi ángulo visual. Era una chica rolliza y resultona con gafas de búho y una media melena castaña que le llegaba a los hombros y que no era ni lisa ni rizada, sino que se manifestaba de manera insatisfactoria entre ambos estilos. Su pelo, como descubriría más adelante, era para ella una fuente de frustración constante. Bastaba con que la lluvia amenazara descargar de una nube gris para que empezaran a crispársele las puntas. En los días lluviosos, Lucy se recogía el pelo con un coletero de terciopelo, igual que hacía la duquesa de York. En Lucy había siempre algo que era como una deliciosa nota discordante. Llevaba vestidos holgados con estampado de flores cuando el resto llevaba faldas de tubo que ceñían la silueta. Usaba zapatos de cuero de hombre y tenía cejas gruesas e indolentes. Provenía de una época distinta. Una parte de ella sigue allí. Aunque nunca he logrado descubrir a qué época pertenece exactamente. Es posible que aún no se haya inventado.

En fin, el caso es que, en aquel tiempo, Lucy no me causó una gran impresión; tan solo era alguien que contestaba al teléfono y decía «Hola» cuando alguien entraba en la oficina. Hacía alguna que otra ronda ofreciendo té. Una vez la vi regresar de la pausa de la comida con las uñas pintadas de un negro reluciente y por un momento eso despertó mi interés. «Aquí hay más de lo que se ve a simple vista», pensé. Pero al instante me olvidé de ello y me concentré de nuevo en mi teclado para sacar quinientas palabras de chorradas acerca del último insufrible y pretencioso espectáculo de graduación de la Central Saint Martins o de una actriz de Hollywood con un talento ínfimo que tenía cierta influencia sobre el propietario del periódico.

Hasta pasados dos o incluso tres meses Lucy no causó en mí ninguna clase de impacto duradero.

Ian, el editor de sección, me había pedido que preparara un artículo sobre el regreso del «Gran Novelista Americano». El gancho era algo endeble, creo recordar; la presentación de un autor joven y musculoso al que aclamaban como el nuevo Tom Wolfe. Yo había intentado subcontratar a un freelance dispuesto a escribir el artículo, pero era el periodo previo a Navidad y ninguno de mis colaborado-

res habituales estaba disponible, así que había decidido encargarme yo.

Estaba sentado a mi escritorio, debatiendo con Ian a quién debíamos incluir.

–Tendría sentido que Jay McInerney interviniera –dijo él.

Yo asentí, como si ya lo hubiera tenido en cuenta.

–Y DeLillo, por supuesto –añadí–. Wolfe. ¿Podemos contar con Franzen?

–Sin duda. –Ian se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre su camisa arrugada–. Me imagino que ya tienes a Philip Roth.

–Claro, claro –contesté, aunque no había pensado en él ni, en aquel momento de mi vida, había leído ninguno de sus libros.

Desde el otro lado del escritorio me llegó un audible chasquido de lengua.

–Bueno, si nos retrotraemos en el tiempo, podríamos pensar en Salinger... –continué.

El chasquido se convirtió en un gruñido intenso e impaciente. Ian torció las comisuras de sus labios.

–¿Tienes algo que decir, Lucy? –preguntó, divertido.

–No –dijo ella, sonrojándose–. En realidad, bueno, lo siento, sí, sí, sí tengo algo que decir.

Tosió y un punto rosa apareció en el centro de cada una de sus mejillas.

–Por favor... –dijo Ian, haciendo un gesto con la mano para indicarle que tenía la palabra.

–Bueno, ¿habéis pensado en..., ya sabéis, en incluir a alguna mujer en vuestra lista? –preguntó, mientras su voz cogía impulso y volumen a medida que hablaba–. Todo acaba siempre en los mismos hombres aburridos, viejos y blancos. A este paso, acabaréis citando al maldito John Updike.

Hice un sonido de burla mientras tomaba nota mentalmente de incluir a John Updike. ¿Cómo podía haberseme pasado por alto? Esa era la clase de errores que hacían que llamara la atención. Que me hacían parecer un chico que no tenía una casa llena de estanterías abarrotadas, sino que sacaba su material de lectura del Reader's Digest de su madre.

–... quienes básicamente lo escriben todo con la polla fuera y que se felicitan unos a otros por lo fantásticos que son –estaba diciendo Lucy–, cuando en realidad sus novelas sobre el «estado de la nación» tan solo son dramas familiares envueltos en una dosis extra de testosterona. ¿Sabéis?, hay autoras increíbles en Estados Unidos a las que, solo porque escriben sobre familias y tienen esas horribles

cubiertas con fotografías de primer plano de niños y castillos de arena, ignoran sin parar.

Inclinó la cabeza hacia abajo. El cabello suelto le caía sobre su frente pálida.

–Lo siento –dijo–. Me he...

Le dediqué una sonrisa. Qué dulce resultaba, pensé, sentir tanta pasión por algo. Ella me miró a los ojos y me devolvió la sonrisa; su boca se abrió lo suficiente como para que yo pudiera ver sus dientes precisos, rectos y totalmente adecuados.

–Caramba –dijo Ian–. No me había dado cuenta de que teníamos a la condenada Emmeline Pankhurst aquí sentada. ¿Qué propones tú, entonces?

–Anne Tyler, Joan Didion, Donna Tartt –contestó Lucy sin alzar la vista–. Y eso solo para empezar. Siempre que estés de acuerdo con la premisa de que existe algo que pueda llamarse «La Gran Novela Americana». Cosa con la que no estoy de acuerdo, por cierto.

Ian se rio burlonamente.

–Gracias, Lucy. Recuérdamelo, ¿qué fue lo que estudiaste en Bristol?

–Filología Inglesa –murmuró ella–. Y fue en Durham.

–Eso creía.

–La verdad es que a mí me parece una buena idea –dije, sorprendiéndome al oír mi propia voz–. Deberíamos incluir algunas mujeres.

Lucy esbozó una sonrisa. Las gafas se le habían deslizado por la nariz y se las subió con un índice cuya uña estaba mordida; al hacerlo, me di cuenta de que temblaba.

–Gracias, Martin –dijo, y me miró con los ojos brillantes.

Después de eso, cuanto más la iba conociendo más cautivado me sentía, muy a mi pesar. Era tan respetuosa, me admiraba tanto, estaba tan agradecida de que le prestara atención... Yo, por mi parte, la consideraba una compañía inteligente e interesante. Sabía muchas cosas.

Empezamos a compartir la hora de la comida. Al principio esta consistía en un sándwich rápido en la cantina para el personal, aunque no tardamos en pasarnos al restaurante que había en nuestra misma calle, justo enfrente de las oficinas, donde nos sentábamos en reservados de madera y bebíamos vino de una botella de litro y medio que el camarero marcaba al final de la comida y de la que nos cobraba según los centímetros que habíamos consumido. Era solo cuestión de tiempo que pasáramos de comer a ir a tomar algo al pub después del trabajo; yo, una pinta de Guinness; Lucy, un gin-tonic. (Nunca me gustó la Guinness. Solo la bebía cuando intentaba

dar la impresión de ser un tipo duro). Al cabo de seis meses, fuimos a cenar. Ambos teníamos predilección por la comida persa y buscábamos los mejores locales para un guiso nocturno de estofado de berenjenas y cordero con bérbero en el extremo equivocado de Kensington.

Y entonces ella me besó y yo no supe cómo negarme. Fue en la acera, frente a un restaurante pintado de colores chillones que se llamaba Tas o Yaz o Fez o algo así. Estábamos bajo una farola y una llovizna húmeda nos bañaba la cara como si fuera muselina mojada y me descubrí mirando su rostro, las gotas de humedad en sus gafas grandes y pasadas de moda, el discreto temblor de carne adicional justo debajo de su barbilla, la peca doble en el lóbulo de una oreja, que daba la impresión de ser dos agujeros para pendientes aunque era una de las pocas mujeres que conocía que no se los había hecho.

–Me daba demasiado miedo que se me infectara –me había explicado en una ocasión–. Me daba demasiado miedo todo.

No es tonta, Lucy.

Fue mientras la miraba que la expresión de Lucy cambió. Sus ojos –castaños, vivaces– adoptaron una consistencia líquida, como si el marrón pudiera escurrirse si no lo vigilabas. Me di cuenta, demasiado tarde, de que lo que veía en esas pupilas oscuras era lujuria. Se inclinó hacia mí, juntó las manos sobre mi nuca y yo sucumbí porque era lo que me resultaba más fácil. Y tampoco es que fuese a hacer daño a nadie, ¿no?

Sus labios eran suaves y pastosos. El beso se volvió más húmedo y entusiasta. Oí un leve gemido procedente de la garganta de Lucy y entonces me aparté, con las manos sobre sus hombros, y le dije en un tono firme y paternal:

–No deberíamos hacer esto.

Ella me lanzó una mirada triste.

–¿Por qué no?

–Por... bueno, escucha...

–Nos llevamos bien, ¿no? Quiero decir que me gustas. –Una pequeña laguna llena de significado–. Me gustas de verdad. ¿Por qué no... vemos adónde nos lleva? Estoy sola. Sé que tú estás solo...

Aquello me pilló desprevenido. Lo cierto era que sí me sentía solo, pero creía que lo había disimulado bastante bien ante las miradas entrometidas de la oficina. En esa época, la relación de Ben y Serena iba cada vez más en serio y yo me encontraba con que por las noches cada vez tenía menos que hacer. Mientras que antes los dos íbamos a menudo a tomar algo al Soho, donde empezábamos